

# Los reverses de la trama

Recopilación, enlace y traducción de

José Luis MARTÍNEZ

## I

### Goethe y Bettina en Tóplitz<sup>1</sup>

(SEGÚN BETTINA)

En el crepúsculo de una cálida noche de agosto, él estaba sentado cerca de la ventana abierta y yo permanecía de pie frente a él, con los brazos en torno a su cuello y la mirada en la suya. Acaso porque él no podía sostenerla más, me preguntó si no tenía calor y si no quería sentirme más fresca. Hice un signo afirmativo y entonces me dijo:

—Aflójate el pecho; el aire de la noche te hará bien.

A pesar de que enrojecí no me negué, y él se puso a abrir mi vestido. Luego, mirándome, dijo:

—El sol poniente quema tus mejillas.

Me besó los senos y apoyó en ellos su frente.

—No me sorprende —le dije— si es mi sol el que desciende a mi propio pecho.

Me miró largamente y callamos. Luego me preguntó:

—¿Nadie había tocado tus senos?

—No —le respondí—, y por eso extraño tanto que tú lo hagas.

Entonces me besó larga y apasionadamente el cuello. Llena de turbación, pensaba que él debería dejarme y, sin embargo, me parecía maravilloso. Sonreía asustada con la idea de que todo aquello se dirigía a mí: aquellos labios trémulos, aquella respiración secretamente jadeante, y me sentía traspasada como por el rayo. El peinado se me había deshecho completamente. Él trató de calmarse y vi en su rostro que se recuperaba. Sus manos recogieron mis cabellos desordenados y tuve la impresión de que deseaba irse. Con gran dulzura me dijo:

—Eres como la tempestad y tus cabellos son como la lluvia; tus labios lanzan relámpagos y tus ojos rugen como el trueno.

—Y tú, como Júpiter, mueves una pestaña y tiembla el Olimpo.

—Más tarde, cuando te desnudes por la noche y las estrellas se reflejen en tus senos como ahora, ¿recordarás aún mis besos?

—Sí.

—¿Y sabrás que quería imprimir en ellos el sello del amor, tantas veces como estrellas hay en el cielo?

—Sí.

—¿Y pensarás que para mí esto será inolvidable, inmortal? ¿Lo crearás?

—Sí —le dije—, quiero creerlo.

Pero... ¿qué le ocurría? Suspiró profundamente y se apoyó en mí.

—Y perdóname por ser tan débil.

Me miró de nuevo y me estrechó contra él. Tendí mi brazo por encima del suyo hacia la ventana, cogí una hoja de vid y golpeé con ella ligeramente sus dedos.

—¿Te acordarás de mí en el futuro, cuando la savia ascienda en la vid y cuando, solitaria, te encuentres en la noche cerca de la ventana, bajo la claridad de las estrellas?

Contesté que sí y él añadió también: sí.

—¿Y recordarás mis defensas contra tu audacia y que no tuve fuerzas para resistir ni a esta mirada llena de fuego ni a esas palabras de amor ni a esta inmensa belleza que no sospechaba y que es capaz de iluminar los rostros? ¿Recordarás los golpes que he recibido, tú que fuiste tan poco generosa al hacer notoria la derrota de un guerrero sin armas?

Soltó la carcajada, y dejándome libre, exclamó:

—¡Qué fineza en la inocencia! ¡Qué modestia en semejante pasión! Mujer, dulce mujer.

A ti a quien cuento esto, es necesario decir que al escuchar

estas palabras estuve a punto de desfallecer de alegría y de dolor. De mi pecho se escapó un suspiro. Me apreté contra él, que parecía emocionado y como si contuviera sus lágrimas.

—Ven para que recubra tus senos —me dijo.

Pero se puso a acariciarlos de nuevo y preguntó.

—¿Por qué debía ser castigado? ¿Por qué no coger la belleza? ¿No es ésta acaso la tarea misma de la vida y no es para esto que soy poeta?

Comencé a recuperarme y a sentirme incómoda.

Entonces le sonreí como si buscara una respuesta.

—¿En qué maña estás pensando ahora?

—¿Es Dios el que sostiene el mundo o el mundo el que sostiene a Dios?

—Evidentemente, es Dios quien lo sostiene y yo soy ese Dios feliz que siente que el mundo está penetrado de su presencia.

—Entonces, te equivocas. Tú cargas y asumes el pecado de un mundo que se olvida y quiere castigarte y negar que tú eres el Dios que se inclina sobre él.

Yo estaba en el fondo muy emocionada y, con el corazón agitado, trataba de hablar con ligereza. Tú que me lees, ¿creerás sin duda que fui coqueta? No, yo estaba llena de veneración al pronunciar esas palabras que surgieron como relámpagos de una especie de divina comunión entre nosotros. Antes de dormir, cada noche he repetido mil veces esta conversación como si fuese una plegaria, y se le han añadido muchas otras cosas en mis sueños, más vivos para mí que la realidad. Pero eso no fue todo, él tendió sus brazos y me dijo:

—¡Ven!

Me sentó en sus rodillas, puso mi cabeza contra su corazón y comenzó a jugar con mi oreja. Apoyó su frente contra la mía: estaba cubierta de sudor. Se apoderó de mí una verdadera sed de ese sudor que perlaba también en torno de su boca, tan maravillosamente dibujada, y lo sequé con mis besos



Goethe.—“uno de los momentos culminantes de su vida”

<sup>1</sup> Este fragmento, conservado en una colección norteamericana, fue publicado por Curt von Faber du Four en la revista *Publication of the Modern Language Association of America*, vol. LXXV, 3, junio de 1960. Algunas líneas de este texto, tomadas de un catálogo de ventas, fueron citadas por Romain Rolland en su *Goethe y Beethoven* (1930). Una versión francesa del texto completo apareció en el *Mercur de France*, noviembre de 1963, y de ella me sirvo para mi traducción.

poniendo mis labios sobre sus pestañas. Suspiró profundamente. Yo no me turbé por ello; recogí todas las gotas de sudor y le mordí suavemente los labios. Me estrechó contra sus mejillas y mis lágrimas bañaron su rostro. Otra vez me dijo:

—¡Mujer, mujer, si conocieras tu dulzura! Solamente así comprenderías el peso de las cadenas que me impone tu inocencia y que no puedo romper.

Cuántas veces, soñando días y noches, me he repetido estas palabras: "Mujer, si conocieras tu dulzura." Secretamente fascinada me apartaba de todo lo que no fuese reflejo de esas palabras. Todo me parecía penoso, todo me parecía que violaba el encanto que el amor había hecho nacer en mí. Evitaba a todo el mundo, me repugnaban todos los alimentos y desde entonces no puedo tomar sino frutas o vino rojo. Clavaba la mirada en el vaso, como lo había hecho antes en sus ojos, imaginando que encontraría allí sus besos, como un fuego secreto y poderoso. Sí, en la roja sangre de las uvas hundía mis sentidos que se volvían espíritu y jugaban con el Dios que habitaba el vino. Lo tomaba sólo a pequeños sorbos, la mirada perdida en el rojo incandescente, y así me consolaba por estar lejos de él. Jugaba con un corzo que paseaba libremente en un parque vecino e hice una abertura en el seto para que pudiera pasar la cabeza. Por la noche, al claro de luna, volvía al parque, al lugar en que el corzo acostumbraba venir. Me llamaba para que le llevara hojas verdes y tiernas. Hice de ello una extraña religión: Le dirigía plegarias que no me atrevía a pronunciar en voz alta, y Le decía:

—Oye a lo lejos el grito del corzo, escucha con qué dulce insistencia pide su alimento y cómo le desgarran el corazón este deseo; es mi voz que los humanos no reconocen y que busca refugio en tu seno, tú que fuiste el primero que me hizo probar los retoños frescos. En recuerdo tuyo los llevo a este corzo y sólo los más hermosos, los que están en flor.

Ingenuamente me convencí que él iba a escucharme y a pensar en mí en aquel mismo momento, y que estaba forzado irresistiblemente a besarme. He conservado esta ingenuidad y esta sensación y el recuerdo me desgarran toda. Quisiera disolverme como una nube en mis propias lágrimas. Calla lo que te he confiado en mi noche solitaria porque no lo he contado nunca a nadie, y...

—Bettina BRENTANO

## II

### El lado de Goethe

#### CIRCUNSTANCIAS

Verano de 1810, Töplitz, estación de baños termales de Bohemia. Goethe se detiene allí, en el curso de una excursión que lo llevará también a Jena y a Karlsbad.

Tenía entonces sesenta y un años. Estaba casado, desde hacía un lustro, con Cristiana Vulpius, quien contaba cuarenta y cinco. Las relaciones de Goethe con Cristiana comenzaron en 1788. Ella era entonces florista. Un año después nació su hijo, Julio Augusto Gualterio, y ambos fueron a vivir a la casa de Goethe. Cristiana se convirtió en la cocinera y ama de llaves, y sólo en esposa cuando el hijo contaba ya dieciséis años.

En 1810, Goethe, que vivía principalmente en Weimar, estaba en uno de los momentos culminantes de su vida. Había publicado ya *Werther* y la primera parte del *Fausto*; trabajaba en el *Guillermo Meister* y en *Poesía y verdad* y había hecho sus viajes por Italia. Durante el Congreso de Erfurt de 1808 se había encontrado con Napoleón, quien le había dicho: "Usted es un hombre", y le había ofrecido París como marco de su gloria. Estaba iniciada la publicación de sus *Obras completas*, que contaban ya trece volúmenes. Tenía un título de nobleza y era director del teatro de la corte de Weimar.

#### BETTINA Y EL ENCUENTRO DE 1806

Bettina Brentano era hija de Maximiliana La Roche, a quien había pretendido Goethe en su juventud, y del italiano Pedro Antonio Brentano. En 1810 Bettina tenía veinticinco años. Ese verano se detuvo en Töplitz en viaje de Praga a Berlín. Al final del mismo año se casaría con el poeta Achim von Arnim, de quien parecía estar enamorada desde 1806. Su primera visita a Goethe en Weimar ocurrió en 1806. Cansinos Assens describe así el encuentro y analiza con cierta animadversión el carácter de la muchacha: "En el año de gracia de 1806 cae sobre el poeta aquella gracia y desgracia de Bettina, a la que Goethe vio de pequeña y acarició sobre la falda de

su madre y que ahora es una mujercita, aunque por el carácter siga siendo una chiquilla. Bettina Brentano es una criatura compleja, contradictoria, mezcla de sinceridad y de artificio, que sabe manejar el doble registro seductor de la mujer y de la niña. Bettina Brentano es una figura muy de su tiempo, novelera, romántica, byroniana con algo de verdad y mucho de teatro, y por todo ello la mar de peligrosa. Bettina posa de musa romántica, despliega una exaltación y una dinámica que le ha valido el nombre de 'Orlandá Furiosa', que le ha puesto el príncipe Pückler. Pues bien: ahora resulta que Bettina está locamente enamorada de Goethe, que se sabe sus versos de memoria, que lo prefiere a todos los poetas y está orgullosa de aquellas caricias con que urgió su frente cuando aún descansaba en la falda materna. Es la pasión de una niña por un viejo; al revés de lo que suele ocurrir. ¡Pero si Goethe no es viejo; si está maravillosamente joven! Así dice Bettina. Su juventud de hombre corre parejas con su juventud de poeta. El corazón es siempre joven; los genios no tienen edad. Goethe, que efectivamente se siente joven por dentro, pica el cebo, se deja alabar y querer, aguanta el chaparrón de elogios y caricias de Bettina durante los diez días que ésta permanece en su casa, huésped suya y de Cristiana; vive en una embriaguez al mismo tiempo dulce y agobiante. Bettina lo zarandeo, lo aturde con sus coloquios, en que es él y no la niña quien tiene el pecho, no lo deja trabajar en su *Pandora*, y además es tan descarada que lo pone en evidencia ante Cristiana, a la que, pese a ser su esposa legítima, la trata como si fuera aún la cocinera, su cocinera. Goethe respira cuando Bettina, a impulsos de su misma movilidad, inquieta, se va por fin con la música a otra parte. Verdaderamente Bettina es una loca, y sería una locura amarla. Además, ¿no es la novia de Arnim, el joven poeta romántico? Goethe procura olvidar a Bettina; y para acabar de desimpresionarse y evitar los reproches o malas caras de Cristiana, se traslada a Jena, que es en tales casos su refugio."<sup>2</sup>

#### LOS ENCUENTROS DE 1810 y 1811

Del encuentro de Goethe con Bettina en Töplitz, en agosto de 1810, no existe sino el testimonio o la transfiguración de Bettina, la trama de esta historia. En sus *Diarios y anales*, Goethe sólo apuntó que aquel año hizo una excursión, con el propósito de "dibujar bocetos y paisajes".

<sup>2</sup>R. Cansinos Assens, "Biografía", en *Obras literarias* de J. W. Goethe, Aguilar, Madrid, 1944, t. I, p. 142.



Goethe y el Duque Carlos Augusto



"Diez años de soledad han pasado en mi corazón"

Algo más se sabe de la visita que del 25 de agosto al 21 de septiembre de 1811 hicieron Bettina y Von Arnim, ya casados, a los Goethe en Weimar. Con tal de defender a toda costa a Goethe, su biógrafo Cansinos Assens cree indispensable encarnizarse con Bettina y ridiculizar a Von Arnim. Ésta es su versión, parcial sin duda aunque pintoresca, de esta visita difícil: "En esta labor fecunda y apacible vienen a turbarle a Goethe... sobre todo, la reaparición inesperada e indeseada, el año de 1811, en Weimar, de ese diablillo de Bettina, con su marido, Von Arnim, el joven poeta romántico. Buena pareja para echar leña al fuego del histerismo disparatado de Bettina. Con su reticencia habitual, no nos dice Goethe nada al mencionar esa reaparición de Bettina en Weimar en el correspondiente lugar de sus *Anales*, de la serie de disgustos de toda índole que ese fantasma romántico, ese verdadero 'aparecido' le ocasiona, con sus pretensiones de haber sido un amor retrospectivo del viejo poeta y sus pujos 'steinianos' de velar por su genio y su dignidad, de ser su ángel de la guarda. A título de eso, Bettina se entremete en la vida privada, íntima, de Goethe; como Carlota von Stein en otro tiempo, Bettina piensa que Goethe se degrada en su convivencia con su ex cocinera y trata de redimirlo de esa abyección. Goethe se merece otra mujer, capaz de comprenderlo y de no desdecir a su lado. ¿No ha notado Goethe las risas solapadas que provocan los dos cuando del brazo se presentan en público? Ya que vive con ella, al menos que no la exhiba. A quien debe exhibir, por lo visto, es a ella, que es la musa del romanticismo, y a la que, en realidad, es a quien ama. Para justificar ese amor que pone a Goethe en ridículo, Bettina inventa una *Correspondencia de Goethe con una niña*, que la crítica luego ha declarado apócrifa, y en la que recoge anécdotas de la vida de Goethe, que pretende saber por él o por su madre. Bettina es un caso típico de simulación y de lo que pudiéramos llamar cleptomanía sentimental, pues llega a apropiarse hasta el episodio de Goethe enamorado de Minna Herzlieb, y en ese falso epistolario incluye, como dedicados a ella, los diecisiete sonetos que en dos semanas de ardiente pasión compuso Goethe soñando en la hija del librero de Jena. Bettina von Arnim, nacida Brentano, no se pára en barras; dice, como Carmen: 'Puedes no amarme, pero ¡ay de ti si te amo yo!'; se le cuelga del brazo

a Goethe, quieras que no; lo zarandea y lo exhibe en público, disputándosele a su mujer legítima. Cuanto a su esposo, el joven Von Arnim, sin duda encuentra todo esto muy romántico. Bettina trata de suplantar a Cristiana, se burla de ella en su cara y no digamos por detrás. Goethe tiene que cargar con el 'lárgalo' de ese amor de un viejo a una niña que Bettina le cuelga, y que pasar por perseguidor, cuando él es el perseguido. Débil de carácter y sensible al halago, pasa Goethe por todo y consiente en que Bettina se agregue al matrimonio cuando sale con Cristiana y haga creer a los maliciosos en un *ménage à trois*. Goethe se hace el desentendido ante las quejas y reproches de su esposa, hasta que al fin Bettina colma el vaso. Cierta día que van los tres a visitar una exposición de pinturas, Bettina da un escándalo a la pobre Cristiana, llamándola salchichón engreído y otras cosas igualmente pintorescas y ofensivas, hasta el punto de que la mujer legítima se echa a llorar, abochornada y falta de ingenio para replicar en igual forma. Goethe entonces replica por ella, cógela del brazo, la ampara y se la lleva, notificándole a Bettina que aquello ha terminado. En lo sucesivo hallará cerradas, lo mismo que su esposo, las puertas de su casa. De ello se vengará Bettina publicando su apócrifa *Correspondencia*. Ahora bien, ¿Qué móvil impulsaba a esa loca de Bettina a esos extraños manejos? ¿Vanidad de aparecer como una pasión senil del gran poeta, mejor dicho, de toda su vida? A veces dan ganas de pensar que Bettina ama verdaderamente al viejo poeta, mejor dicho, que lo ha amado siempre, por el modo como busca el trato y la gracia de su madre Isabel, en tanto vive, y se complace en hacerle contar anécdotas de la infancia del gran hombre, para transcribirlas luego en su *Correspondencia* y dar visos de verosimilitud a lo que tienen de apócrifo. Pero en el fondo es lo más probable que se trate simplemente de un caso de parasitismo literario, de un afán de hacerse un nombre a expensas del gran nombre de Goethe, y pasar a la Historia agarrada a su mano. Por lo demás, Goethe no se deja engañar por Bettina. Y es lo cierto que permanece insensible a todos sus arrumacos y trapacerías. Da por cancelado el capítulo de su efímero enamoramiento por aquella chiquilla, hija de una madre amada y no ha de ser ella ciertamente su gran pasión senil."<sup>3</sup>

La versión que el mismo Goethe registró en sus *Diarios y anales*, acerca de este último tragicómico encuentro con Bettina es reservada y elíptica: "También los esposos Von Arnim pasaron una temporada con nosotros, reanudándose enseguida la antigua confianza; pero precisamente esa comunicación libre y sin trabas, puso por primera vez de manifiesto la discrepancia en que viniera a resolverse la antigua conformidad de opiniones. Así que nos separamos con la esperanza de un futuro y más feliz encuentro."

A pesar de este aire resignado y superior, no sería éste el último amor o amorío de Goethe. Su verdadero y patético adiós a la vida, la *Elegía de Marienbad*, escrita después de la separación con Ulrica von Levetzov, con la que pensó casarse en segundas nupcias, ocurriría mucho más tarde, septiembre de 1823, cuando Goethe tenía setenta y cuatro años. Aún le quedaban nueve por vivir.

### III

## El lado de Von Arnim

### BIOGRAFÍA INCOMPLETA

"La biografía, a pesar de su inclinación por la habladería, no ha podido reunir sobre Achim von Arnim más que las siguientes líneas:

"Nació en Berlín el 26 de enero de 1781. Estudió en Gotinga ciencias naturales y se graduó como doctor en medicina, profesión que nunca ejerció. Después de haber recorrido durante mucho tiempo Alemania, viaje en que recogió los elementos de la encantadora recopilación intitulada: *El niño del cuerno de caza encantado*,<sup>4</sup> casó con Bettina Brentano, hermana de su amigo Clemente Brentano. Durante el periodo tan infortunado para Alemania que va de 1806 a 1813, Arnim trató de

<sup>3</sup> Cansinos Assens, *Op. cit.*, p. 153-154.

<sup>4</sup> Von Arnim es autor, además, de dos novelas incompletas: *Los guardianes de la Corona* y *Las revelaciones de Ariel*, del *Jardín de invierno* y de los tres cuentos que su traductor francés, Théophile Gautier hijo, llamó *Contes bizarres*. André Bretón escribió una introducción, reproducida en seguida, para una reedición de estos Cuentos.

despertar el patriotismo de sus conciudadanos. Terminada la guerra, se retiró a su posesión de Wiepersdorf, cerca de Dahme, donde murió de un ataque de apoplejía fulminante el 3 de enero de 1834.”

—Théophile GAUTIER

### VON ARNIM Y BETTINA

“Achim von Arnim y Bettina se conocieron en 1801, durante un viaje en que Bettina acompañaba a su hermano Clemente, que se había hecho amigo de Von Arnim. Este primer encuentro, sin embargo, no parece haberlos atraído mutuamente. Después de la separación, en efecto, las cartas que recibe Clemente de su amigo no muestran sino el poético placer que encontraban en la vida errante, en el intercambio confiado de las ideas y en los encuentros pintorescos del camino. Al menos explícitamente, la existencia de Bettina no aparece en ellas por ninguna parte. La muchacha, por su parte, a pesar de que en ese momento la veamos poner a secar las flores que Von Arnim le había dado, se complace, al escribirle a su hermano agobiándolo de elogios, en oponer su elegancia y su encanto, a Von Arnim “tan desaliñado en su largo abrigo con las mangas descosidas, con su cantimplora de piel de cabra y con su gorra de la que salían los forros deshilachados.” Sólo algunos años más tarde, cuando se encuentran de nuevo en Francfort, ella rectificará vivamente la impresión fastidiosa que pareció haberle causado, a primera vista, la descuidada vestimenta del poeta.

“La historia anecdótica alemana varía, con múltiples detalles, las peripecias de la noche que pasaron en un convento de Francfort, Arnim, Brentano, Bettina y la mejor amiga de ésta, Carolina de Günderode. Añadiría que, a este respecto, haríamos mal en lamentar su prolijidad porque nos trae realmente un soplo de perfume. Toda la belleza, toda la inteligencia, toda la poesía parecen haberse refugiado por unas horas en ese lugar austero. La personalidad de Carolina presta a la escena el misterio y la profundidad que podrían faltarle en medio de tal desbordamiento de vida. De la joven Carolina de Günderode se nos describen los rasgos extremadamente suaves y severos, la magnífica cabellera oscura, la tez rubia, los ojos de un azul muy vivo, las largas pestañas oscuras; se nos ponderan la alta estatura con grandes pliegues fluctuantes, el deslizamiento melodioso que en ella sustituía el andar, la emocionante expresión de noche de verano prometida, de cuando en cuando, con sólo el alba de una risa, y todo parece hecho para fijar en ella cuanto puede existir aún de atrayente y de alucinante en la concepción romántica de la mujer. Sin duda por haber encarnado hasta el paroxismo las grandes contradicciones de su tiempo, ella, poco después, se arrojaría al Rin, en Winckel, después de apuñalarse. La noche de Francfort había pasado en la comunicación, entre ella y Bettina, de los tiernos sentimientos que había suscitado en ambas el descubrimiento de las cualidades superiores de Arnim. En la exaltación mutua de sus sentimientos, las dos amigas se entregaron a un combate de

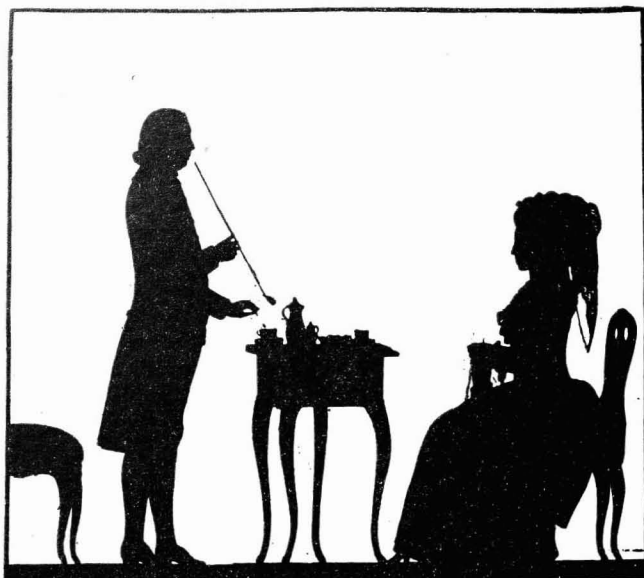
generosidades en que el amor del poeta era la prenda. Es posible, por otra parte, que él no haya perdido toda esta conversación porque, al decir de Bettina, él la puntúa en varias ocasiones, desde la habitación vecina, con una tos ligera, y a la mañana siguiente, evitará la mirada de ella cuando le trae flores.

“Quedó prevenido Arnim por lo que podía haber de infantil o de atrevido en esta especie de doble declaración a través del muro? El hecho es que no creyó adecuado suponer ninguna consecuencia. Sólo hasta 1806, año de la muerte de Carolina, se iniciará su verdadero acercamiento a Bettina.”

“En 1806 los dos jóvenes se descubren visiblemente enamorados. Sin embargo, los cuatro años que transcurrirán hasta su matrimonio van a estar, para Arnim, cargados de inquietudes que, en otro caso semejante, podrían suponerse *a priori* las más injustificadas pero que, habida cuenta del colmo de consideraciones y reservas con que esas inquietudes se presentan, podemos pensar que el hombre que las sufre ha sido víctima, en su orgullo y en su fe, de un golpe mortal.

“No llegaré hasta suponer que Bettina tuvo el valor inhumano de haber puesto sistemáticamente, a costa de Arnim, sus actos de acuerdo con sus palabras, según las cuales el genio viene al mundo engendrado por el dolor y no prospera sino por el dolor. No obstante, la verdad nos obliga a comprobar que, en abril de 1807, Bettina visitó a Goethe e inició con él relaciones extremadamente frecuentes durante los cuatro años inmediatos. A pesar de que no podemos dudar de la naturaleza platónica de esas relaciones, Bettina, al publicar mucho más tarde —imponiéndole varios retoques— su correspondencia con el viejo de Weimar,<sup>5</sup> no deja que ignoremos nada respecto a los sentimientos apasionados que tenía por él. Indiscutiblemente resulta perturbador ver una muchacha, cuyos ojos, a pesar de todo, eran todo lo que entonces tenía abierto al mundo; cuya voz, cuando leemos sus cartas, tiembla aún de hoja en hoja con lo que siempre se elevará de más agudo, de más espontáneo y de más delicado de los sotos encantados de la sensibilidad; resulta perturbador ver a esta muchacha dejarse coger en la trampa de la gloria. Es aterrador pensar que ella reserva todas esas maravillas para Goethe y no para Arnim. Por supuesto, no podríamos encontrar una explicación de ello, sino en la idea de una misión por cumplir, capaz de obsesionar el espíritu de seres como Bettina o como Carolina, que vivían entonces en plena exaltación. Para que Goethe, que estaba a punto de perder la etiqueta de una pequeña corte alemana y que encontramos en 1808 en Erfurt, tan tristemente adulado y embarazado por la forma en que lo trató Napoleón, se excediera o se sobreviviese, bastaba pues que ‘La niña’ que él veía en Bettina creyera necesario y bueno darle en ese momento lo mejor de ella misma. Ignoro hasta qué punto era literalmente deseable que las cosas ocurrieran así y confieso que más bien me resulta penoso saber que, al final de su vida, Goethe seguía abriendo cada día el cajón en que guardaba las cartas de aquella que, por última vez, le había hecho

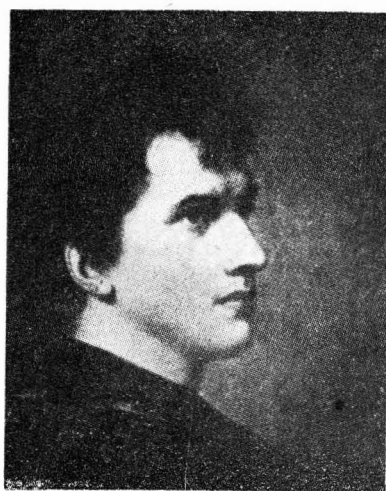
<sup>5</sup> Esta correspondencia es considerada, en gran parte, apócrifa.



La pareja Herder



Bettina adolescente



Achim Von Arnim



Bettina Von Brentano

'desfilan bajo los ojos un libro de admirables imágenes y de encantadoras representaciones; ella, la encantadora pequeña danzarina que a cada movimiento le lanzaba de improviso una corona'. Yo diría que al diablo esa corona cuando recuerdo, por otra parte, el juicio irrisoriamente parcial, bajamente incomprendido, odioso, que tuvo Goethe sobre Arnim: 'Natural, femenino; sustancia, quimérica; contenido, sin consistencia; composición, floja; forma, flotante; efecto, ilusorio.'<sup>6</sup> Yo no comparto en este punto la opinión común que considera que nada es demasiado cuando se trata de levantar a un hombre de sus despojos, y no puedo dejar de pensar, frente a esta *Correspondencia famosa*, en muchas flores bajo mucho hielo. Nada hay en ella para dar crédito a la idea de una posible distribución del amor de Bettina entre el destinatario de esas cartas y otro, y no conozco, por otra parte, otro ejemplo de semejante desdoblamiento pasional. En estas condiciones, me es forzoso pensar que Arnim, en su relación con la persona amada, se encontró entonces sujeto a una prueba, más atroz que la que cualquier hombre haya sufrido, y que fue víctima de una verdadera traición mística.

"No hay, por consecuencia, nada firme en el testimonio de Henri Blaze que trata de presentar el matrimonio de Arnim y de Bettina bajo el ángulo novelesco que creía más favorable: 'Un día Arnim paseaba *Unter der Linden*; Bettina fue también a pasear. Arnim era bello como los ángeles. *La niña*, que no caminaba con los ojos bajos, sintió que la cabeza le daba vueltas. Y de primera impresión y con un tono resueltamente revoltoso... (etcétera). Si usted —dijo ella mirándolo con ojos de fuego—, si usted quiere nos casamos. Arnim sonrió y poco después el matrimonio se celebró.'<sup>7</sup>

"La realidad, más prosaica bajo diversos aspectos, es que, solamente después de que recibió una herencia en 1810, Arnim, que como hemos visto la amaba desde hacía largo tiempo, pudo pensar en casarse con Bettina, y sus esponsales se celebraron el 4 de diciembre del mismo año. Nada mejor que una carta del poeta a su amigo Görres, del 14 de abril de 1811, podría recrearnos el ambiente de ese matrimonio: 'A la hora presente, heme aquí un hombre casado, un hombre casero que tiene cocina, bodega, criada y muchas preocupaciones domésticas; pero no hay en el mundo casa más agradablemente anidada que la mía, en un gran jardín situado en medio de la ciudad, sombreada por un lado de altos castaños y de álamos y del otro cercada por un jardín de rosas, es decir de rosales que yo mismo he plantado. Y si oyes ahora que Bettina Brentano es mi mujer, puedes pensar entonces que los franceses y el *Diario Literario* me son absolutamente indiferentes; pero mis amigos y lo que antaño me fue tan querido me sigue siendo cercano. Sin que tenga que darte prueba especial, vas a adivinar que Bettina es la Desconocida a la que dediqué el *Jardín de invierno*. Y ahora que ella es mía, el Rin es también mío y aun pienso visitar este verano todos los caminos y todas las cumbres que amo tanto...'

"Si se piensa que el año 1817, que marca sin duda el punto culminante del genio de Arnim con la publicación de *Los*

*guardianes de la Corona*, es el mismo año, aproximadamente, en que va a continuar el inverosímil cántico que ella dedica a Goethe, ¿podemos figurarnos, añadiría, el desastre que puede ser ese amor herido, lo más anormalmente del mundo, en su raíz y que se esconde, en lugar de estallar de manera ejemplar en pleno día, que se esconde como una planta enfermiza? Tantas inútiles precauciones; la ruptura casi inmediata de la pareja con los Goethe, el encierro en la casa de campo de Wiepersdorf donde pronto habrá que preguntarse cuál de los dos se sentirá más solo y menos hecho para su nueva vida, los muchos hijos... todo para llegar a esta negación total, cuando Bettina escribe al hombre de sesenta y ocho años: 'Si la hoja que va junto conserva aún su color, podrás ver qué color tiene mi amor por ti. Me parece que es siempre de un rojo vivo, firme y constelado de polvo de oro. Tu lecho está preparado en mi corazón, ¡no lo desdeñes!' Al hombre de setenta y dos años: 'Diez años de soledad han pasado en mi corazón y me han apartado de la fuente de que recibía la vida; desde entonces no he empleado más las mismas palabras; todo lo que había sentido y esperado, todo se ha desvanecido. El amor no es un error; pero, ay, el error lo persigue'. Aún, al de setenta y cuatro años: 'A medianoche, rodeada de los recuerdos de mi juventud, llevando a cuestras todos los pecados de que quieras acusarme y que confieso plenamente; frente a mí el cielo de la reconciliación, tomo la copa del brebaje nocturno y lo apuro a tu salud, y viendo el color oscuro del vino al borde del cristal, pienso en tus ojos tan hermosos.'

"La subjetividad, que inmovilizó una mañana bajo los sauces el cadáver de la bella Gúnderode, con una toalla llena de piedras atada alrededor del cuello, de la misma manera que hizo varar la barca en que, parecía que armoniosamente, se encontraban dos seres, continúa arrullando, burlando nuestros más queridos cálculos con su inexorable '*Bague à Dine, Bague à Chine*', tema de una antigua canción. Yo sería, por otra parte, el último en protestar por ello, pensando que a una de las mayores derrotas humanas que la subjetividad haya consumado, debemos la publicación en 1822 de la novela corta *Los herederos del Mayorazgo*, que nos permite situar concretamente, por oposición a la concepción realista de las cosas, uno de los polos de la eclíptica mental. En la medida en que puede ser considerado como oráculo el último pensamiento de Goethe, en el sentido de que el Eterno Femenino es en verdad la clave del edificio, hoy día aún se podría epilogar largamente sobre el hecho de que este oráculo, contradictoriamente en la vida de Goethe y de Arnim, tomó a Bettina como sibila. Ritter afirmaba misteriosamente que el hombre, extraño sobre la tierra, no se aclimata aquí abajo sino gracias a la mujer. Él solamente 'libera' a la mujer, le ayuda a descubrir su destino más puro. La tierra es la que, de alguna manera, ordena a través de la mujer. 'Se ama solamente a la tierra, y a través de la mujer la tierra nos ama en retorno'. He aquí por qué el amor y las mujeres son la más clara solución de todos los enigmas. 'Conoce a la mujer, y así el resto caerá por sí mismo.'

"Van a cumplirse cien años de que Arnim está muerto..."

<sup>6</sup> Goethe, *Würdigung's Tabelle der poetischen Produktion der letzten Zeit*.

<sup>7</sup> Blaze, *Escritores y poetas de Alemania*.